

Cantares mexicanos

Tradición y actualidad

Vicente Quirarte

Entre los libros de la biblioteca de mi padre que me han acompañado a través de los años se encuentra *Trece poetas del mundo azteca*, editado por el Instituto de Investigaciones Históricas de nuestra Casa de Estudios en 1967, edad de oro de la Imprenta Universitaria. Es uno de los libros inmediata y unánimemente admirados tanto por el lector de poesía como por el interesado en el conocimiento del linaje original que inevitablemente, orgullosamente, fluye en nuestras venas.

Entonces no sabía que las múltiples habilidades e inquietudes de aquel joven pero ya erudito e insaciable historiador lo habían llevado a acudir a herramientas de la filosofía, las letras, el saber filológico y la sensibilidad literaria para reconstruir la vida y la palabra de los *cuicapique*, forjadores de cantos con nombres y rostros conocidos que con su poderío y sabiduría verbales contribuyeron a sintetizar la expresión surgida en nuestra tierra. De manera instintiva, animal, inevitable, ese libro ha estado siempre conmigo. Entre quienes habitan sus páginas resalta la figura de Temilotzin de Tlatelolco, cuya muerte heroica y cuyas palabras luminosas recuerdan, en traducción de Miguel León-Portilla, el valor de la amistad, el más humano, necesario y difícil de nuestros afectos:

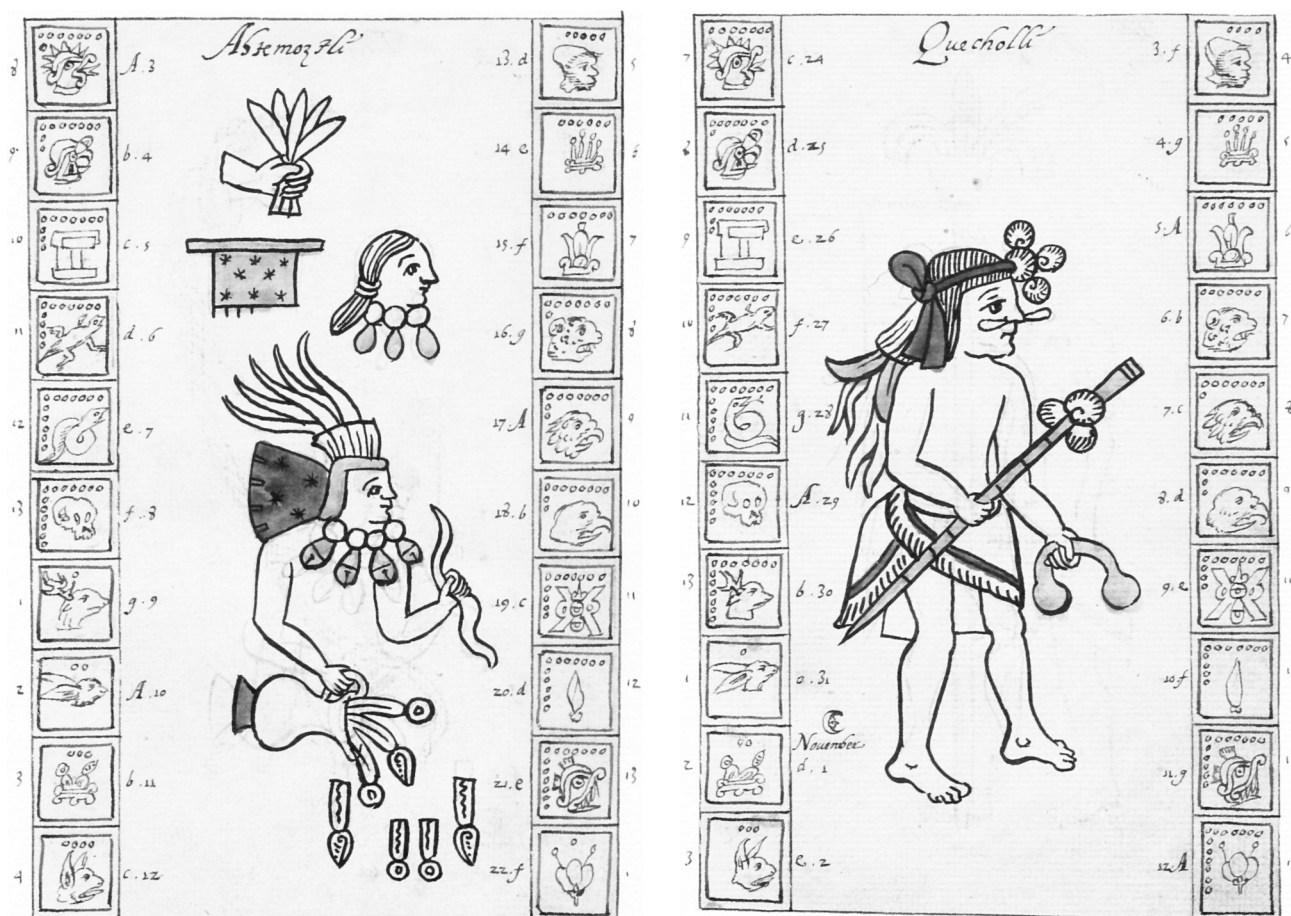
He venido, oh, amigos nuestros:
Con collares ciño,
con plumajes de tzinitzcan doy cimientos,
con plumas de guacamaya rodeo,
pinto con los colores del oro,
con trepidantes plumas de quetzal enlace
al conjunto de los amigos.
Con cantos circundo a la comunidad.
La haré entrar al palacio,
allí todos nosotros estaremos,

hasta que nos hayamos ido a la región de los muertos.
Así nos habremos dado en préstamo los unos a los
[otros.

He aquí sintetizados los valores esenciales de la poesía náhuatl: la trascendencia del canto, la fraternidad y grandeza comunitarias, la necesidad del goce de la belleza ante lo fugaz de la existencia. El número de poetas rescatados y estudiados por Miguel León-Portilla ha aumentado con el paso de los años. De manera cuantitativa, también lo ha hecho su interés en la defensa del pensamiento de la cultura náhuatl y por lo tanto en la permanencia de su idioma. Defender una lengua es conocerla. Conocerla es ayudarnos a ser más fuertes y más libres. Como escribió alguien tan sabio como don Miguel: “cuando un pueblo cae en la esclavitud, si conserva bien la lengua propia, es como si tuviera la llave de la prisión”.

En una edición titulada *La tinta negra y roja* de Miguel León-Portilla, editada en 2008 con imágenes de Vicente Rojo, los poetas Coral Bracho y Marcelo Uribe hacen notar en el prólogo la manera en que el maestro ha salvado, en sucesivas traducciones, “la enorme distancia lingüística y cultural que media entre el náhuatl —una lengua polisintética e incorporativa— y el español, una lengua analítica”. En efecto. Una de las mayores virtudes del trabajo de don Miguel consiste en que las palabras, que desde otra lengua nos llegan a través de los siglos, mantienen en aquella con la cual comúnmente nos comunicamos su sentido primario, sustantivo y telúrico.

Es indudable la importancia arqueológica, histórica y lingüística de los *Cantares mexicanos*. Subrayo la trascendencia que tienen en la revelación y la rebelión en que consiste el arte y la pasión de hacer tangible lo



intangible. Antes, es necesario resaltar la belleza y profesionalismo de la edición, a cargo del poeta Javier Manríquez y Juan Domingo Vidargas del Moral, así como el cuidado que el conjunto de investigación puso en todos los detalles, desde la biografía anatómica del manuscrito 1628 bis de nuestra Biblioteca Nacional, realizado por la doctora Ascensión Hernández Treviño y don Liborio Villagómez, hasta las notas que nos permiten utilizar la versión que se ofrece a nuestro siglo XXI como una herramienta para conocer de manera más profunda la herencia de nuestros ancestros.

Desde su título esencial y desnudo, *Cantares mexicanos* es un heptasílabo cuyos acentos caen en la generosa, abierta y primera vocal del alfabeto a través del cual nos comunicamos de manera general. León-Portilla es el primero en recordar que dos millones de hablantes mantienen vivo el náhuatl, y junto con Diego Valadés, desde la Academia Mexicana de la Lengua, libra la batalla para elevar a rango constitucional las lenguas originarias como lenguas nacionales. Los testimonios de la antigua palabra conocidos como *Huehuetlahtolli* fueron recogidos por fray Andrés de Olmos en 1535, es decir, apenas unos cuantos años después de la caída de la gran Tenochtitlan. El trabajo de León-Portilla ha sido igualmente heroico, individual y colectivo. Al igual que Juan Baptista, que en el siglo XVI dejó testimonio de los nombres de quienes lo auxiliaron en el rescate de antiguos documentos, Miguel León-Portilla da constante testi-

monio de agradecimiento a quienes lo acompañan en el trabajo de rescate, traducción y anotación del manuscrito *Cantares mexicanos*.

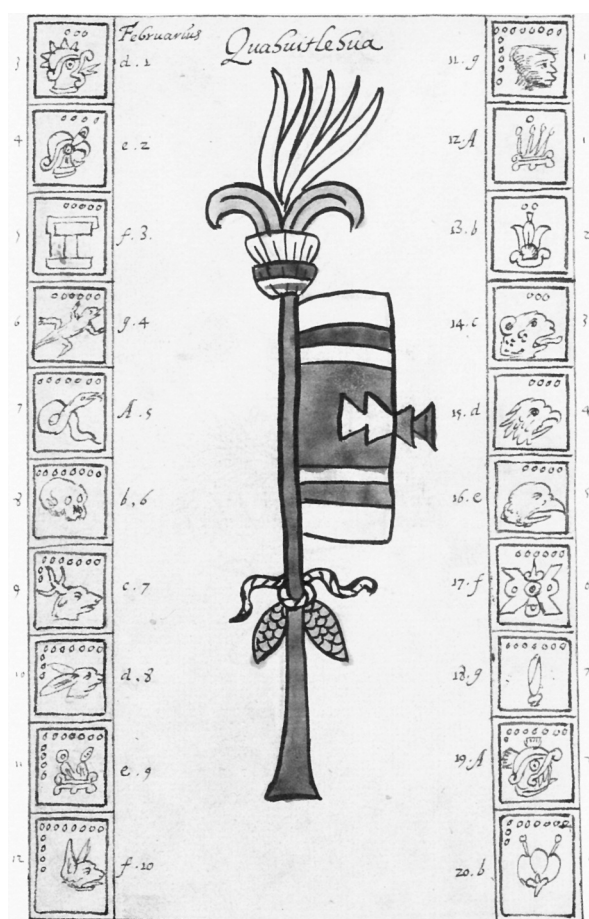
Lo que el lector encuentra, al pasar las páginas de *Cantares mexicanos*, es la poesía como expresión humana en su mayor intensidad y altura. La misión de la poesía es dar testimonio de la permanente desgracia de la existencia. En medio de semejante desolación y desconsuelo, encuentra resplandores tan poderosos como los filos de la adversidad a los que se enfrentan. Término constante en los poemas es el de *ninotolonia*, traducido como *menestero*. La poesía y el poeta como protagonistas del poema son fenómenos de la modernidad. Sin embargo, hay en los *Cantares* una insistencia en estos tres elementos constitutivos de la expresión verbal cuya consecuencia y finalidad es la creación verbal del mundo. En tal sentido, uno de los tonos más intensos es el logrado en textos como el *Yenocuícatl*, canto de privación.

No es hiperbólico decir que este extenso poema entronca en los grandes poemas meditativos que culminan en la *Muerte sin fin* de José Gorostiza o en el tono lúdico y desafiante de las *Calacas* de Rubén Bonifaz Nuño. A uno de los proverbios de la literatura náhuatl, en versión de Ángel María Garibay, pertenece la siguiente metáfora: “Me pesa en el corazón la vida que voy llevando (Nech ellelpozahualtia in notlahuelolocayo)”. Verdad es que semejante lamento es universal a todas las culturas, pero resulta de particular modernidad el

hecho de que el poeta, en este caso anónimo, no halle consuelo en los dioses y el inmanente transcurrir. No existe tampoco la trascendencia de saber que sólo estaremos un breve instante aquí y después iremos al lugar donde de algún modo se existe. En la bocanada que expresa la insoportabilidad de la vida, en la confesión del que manifiesta su dolorido sentir, animal e inmediato, encontramos sintetizado el espíritu estoico de la raza original, particularmente de la marginada de forma permanente, y a cuya dignidad y engrandecimiento ha dedicado Miguel León-Portilla su vida y su talento. Dicha forma de ver el mundo se halla presente tanto en el poema anteriormente citado como en los versos estoicos y cínicos, tiernos y rijosos de la canción *El abandonado*, que hemos incorporado tanto a nuestro repertorio popular como a nuestra poética cotidiana. Abandonado por mis propios actos, pero abandonado desde siempre y, como consuelo, abandonado por el amor de Dios. Hay en esta contradicción una figura de profunda raíz indígena, que León-Portilla examina en su libro *Filosofía náhuatl*. Se trata del *mo-neneque*, que nuestro maestro traduce como “Hace por sí, a partir de sí, lo que se le antoja”. Es el atributo de Dios, que el hombre hace suyo, con todo lo que semejante desafío conlleva. Los *tlamatinime*, nos recuerda igualmente León-Portilla, eran sabios de la palabra que buscaban ejercer “su función de moralistas, forjadores de un corazón firme como la piedra, dueño de sí mismo”. En esta herencia que a veces dejamos de tomar en cuenta de manera cotidiana, se encuentra una de nuestras partes más rescatables, como nación y como posibilidad de futuro. Un forjador de cantos de nuestro tiempo y también gran estudioso de la herencia de los antiguos mexicanos, Rubén Bonifaz Nuño, sintetiza en unos versos suyos esa condición que si es universal y permanente, en su valentía obstinada es profundamente mexicana e indígena.

Hiel del macho hasta el fondo; bilis
negra del macho desde el fondo; amargo
tizón viril del que se aguanta,
por dentro, los filos y el resuello.
Resquemor mexicano en las espinas
de lujo. Si me viene guango.
Si te fuiste. Si me importa madre.

Múltiples motivos de alegría confluyen el 22 de febrero en que el niño Miguel vino al mundo en 1926, año luminoso y difícil como lo han sido todos los de esta humanidad irredenta y redentora. Es el año del estallido de la guerra cristera, de las heroicas travesías a nado del Canal de la Mancha, de la muerte de Rodolfo Valentino y cuando Thomas Edward Lawrence publica *Los siete pilares de la sabiduría*. Presentar este libro y en una celebración más de la fecunda existencia de Miguel



León-Portilla en este espacio es altamente significativo. El acto se lleva a cabo en la Universidad Nacional Autónoma de México a la que don Miguel ha dedicado los mejores y más intensos años de su juventud acumulada. Tiene lugar además en nuestra principal casa de canto, que lleva el nombre del rey poeta, cuyas palabras enfatizaron una vez más que la ciudad debe estar fundada sobre la palabra en su más alta potencia.

Si la finalidad de presentar un libro es contribuir a la afinación del instrumento para que la música mejor se asiente en nuestra alma, en pocos casos como el presente se vuelve realidad tal circunstancia. *Cantares mexicanos* es un encuentro con hombres de palabra, seres de carne y hueso que vivieron, escribieron y amaron. Gracias al trabajo de Miguel León-Portilla y su grupo de *tlamatinime*, contribuye decisivamente a preservar nuestra herencia y el orgullo que nos concede cada día de su vida. Aunque hayan pasado por filtros diversos, aunque el arte de los tlacuilo en el amate haya sido sustituido por la pluma de ganso sobre el papel de trapo, el poderío original de sus palabras y de su pensamiento llega hasta nosotros. Al pasar sus páginas, al leer estos cantares, es importante recordar que es la voz de quienes fueron derrotados pero no fueron vencidos. He aquí el testimonio de su victoria, la prueba tangible de su permanencia. **U**

Textos leídos en la Sala Nezahualcóyotl el 22 de febrero de 2012. Las ilustraciones son de la edición facsimilar de *Cantares mexicanos*, UNAM, 1994.